

98

Editorial *Bluff* *Junio 20/49* Farsantes y Simuladores

COMO HEMOS dicho muchas veces, la historia de Cuba dista todavía de haberse examinado con espíritu de investigación, dada la tendencia que existe en nuestros intelectuales de exponer, con preferencia, los acontecimientos relacionados principalmente con los movimientos revolucionarios. Desde luego, en nuestra opinión, hay un cúmulo de hechos, actividades, realizaciones referentes al desarrollo de la civilización cubana de la primera mitad del siglo XIX, bastante más interesantes que las conspiraciones y combates de nuestras luchas libertadoras. Claro, el interés de los acontecimientos históricos está en relación con la evolución de la cultura y la extirpación de la ignorancia, tanto más si es difícil se pueda desenvolver ordenadamente una sociedad cualquiera, sin que esté orientada por un pensamiento destinado a realizar ciertos propósitos de mejoramiento social.

La investigación y estudio de aquella civilización cubana, de la cual se obtuvieron tan opimos frutos, debería ser objeto de mayor atención por parte de quienes tuvieran interés en hacer comparaciones entre las distintas épocas de la sociedad cubana, y al exponerse a la consideración de los estudiosos el proceso de nuestra grandeza del siglo pasado, a pesar de la execrable dominación colonial y de que apenas contamos con la cooperación extranjera para impulsar nuestro adelanto económico y cultural, ciertamente que ampliaría los horizontes de nuestro pensamiento y estimularía el desarrollo del espíritu crítico cubano.

¿Existe alguna diferencia entre el pensamiento cubano del siglo pasado, anterior a 1868, y el que le sucedió después de las luchas armadas contra la Metrópoli, como exponente y representación de las ideas que movieron a la inmensa mayoría de nuestra población a separarse de sus dominadores? No hay duda que sí. El pensamiento cubano, anterior a 1868, respondía a un orden de ideas y se regía por principios. ¿Y qué es un orden de ideas? Pues que se siga un plan en el proceso de los acontecimientos políticos, sean estos de carácter social, económico o internacional. El pensamiento político cubano perseguía el fin de la independencia, con el menor desequilibrio social y económico; y de ahí que los próceres fueran evolucionistas por cautela, con más motivo si afrontábamos el peligro de la ingerencia extranjera y el encumbramiento y predominio de una población ignorante, incapaz de comprender la verdadera significación de la democracia. Los cubanos, con ante-

rioridad a 1868, tenían una proyección con vista a perfeccionar nuestro medio social; y en cuanto al desinterés de sus propósitos no se puede poner en duda, porque su bienestar descansaba en el esfuerzo personal y en la inteligencia para hacerse de una fortuna y nunca el de valerse de la administración pública para realizar su mejoramiento económico.

El pensamiento cubano, después de instaurada la República no solo ha seguido en lo político la orientación española del absolutismo sino que no ha tratado de sustraerse a la influencia de los inconvenientes del pensamiento español, que en muchos de sus aspectos es intransigentemente dogmático. Vamos a explicarnos. Como resultado de la funesta política de expulsar de la Península a los moros y judíos, con el fin de apoderarse de sus propiedades, bajo la falsa impresión de que la riqueza la constituyen exclusivamente la moneda, de plata o de oro, y los bienes muebles y raíces, ignorando que el desarrollo de la riqueza y prosperidad se deben a la actividad creadora de los empresarios y al espíritu de ahorro del pueblo en general, los españoles se empobrecieron de tal manera desde el reinado de Felipe III apenas tenían los ingresos suficien-

tes para satisfacer sus más apremiantes necesidades. De aquí que se entronizara el desorden y la desorganización en todos los aspectos de la vida española, y que las clases más influyentes, apáticas y sin iniciativas, no tuvieran otro recurso para subsistir que los donativos que se obtuvieran de la Caja Real, y la explotación de los negocios ilícitos que se consiguen al amparo del poder. Sin actividad creadora, sin espíritu de investigación, que culmina en el descubrimiento de las leyes de la naturaleza, y produce la capitalización de los inventos, el español se tenía que sentir abandonado del destino, germinando en su mente la tendencia del individualismo anárquico, que lo ha caracterizado casi durante tres siglos.

Desde la terminación de la guerra del 68 el cubano ha perdido la noción de sistematizar el orden de sus ideas, y como en nuestra mente no ha surgido de nuevo el espíritu de empresa, se observa, infortunadamente, que estamos dominados también por un individualismo anárquico exacerbado, egoísta y tendencioso, aprovechándose los avisados de ese estado de conciencia de indisciplina colectiva para mejorar económicamente. A partir del establecimiento de nuestra vida independiente, la mayoría de los titulados revolucionarios y radicales cubanos han sido un azote para esta so-

2)

ciudad. Por donde quiera que pasan, el Gobierno o el Congreso, dejan huella de sus egoísmos y de sus desorbitados apetitos. Nada les contiene con tal de alcanzar sus fines tortíceros; ni las censuras justas y severas por sus claudicaciones, ni los perjuicios que irroga al país su actuación inmoral.

En contraste con la característica de los místicos españoles y los puritanos ingleses, cuya austeridad y renunciamento al disfrute de las más insignificantes comodidades era ejemplo de la sinceridad de sus convicciones, nuestros falsos revolucionarios y radicales, en cuanto se apoderan de posiciones que les permiten cierta independencia económica

—empezando por la Universidad, donde se adjudican cátedras, mediante oposiciones amañadas— no tardan en dar rienda suelta a sus apetitos sensuales. Gozan con exceso de las comodidades de la civilización moderna y de las ventajas que les ofrece el poder naturalmente a costa del pueblo que paga los impuestos.

El radicalismo cubano es una plaga parasitaria, que con sus concesiones demagógicas a las distintas clases sociales, desde las más elevadas a las más inferiores, es el único responsable de la paralización de nuestras actividades creadoras, por no decir del estancamiento de nuestro espíritu progresista.

RAIMUNDO MENOCAI.

El Siglo, Jun 22/49



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA